

—Vámonos, vámonos de aquí... Renuncio... No se puede.

Cuando ya salimos á atmósfera respirable, suspiré muy compungida.

—¡Ay, Dios mío!... Sin misa hoy...

—No se apure—me contestó mi acompañante—que yo oiré por V. aunque sea todas las gregorianas... Ya ajustaremos esa cuenta.

—A mí sí que me la ajustará el Padre Urdax tan pronto me eche la vista encima—pensaba para mis adentros mientras me tentaba el hombro, donde había recibido un codazo feroz de uno de aquellos cafres

IV

Don Diego, que en el coche se me figuraba reservado y tristón, se volvió muy dicharachero desde que andábamos por San Isidro, justificando su fama de buena sombra. Sujetando bien mi brazo para que las mareas de gente no nos separasen, él no perdía ripio, y cada pormenor de los tinglados famosos le daba pretexto para un chiste, que muchas veces no era tal sino en virtud del tono y acento con que lo decía, porque es indudable que si se escribiesen las ocurrencias de los andaluces, no resultarían tan graciosas, ni la mitad, de lo que parecen en sus labios; al sonsonete, al ceceillo y

á la prontitud en responder, se debe la mayor parte del salero.

Lo peor fué que como allí no había más personas regulares que nosotros, y Pacheco se metía con todo el mundo y á todo el mundo daba cuerda, nos rodeó la canalla de mendigos, fenómenos, chiquillos harapientos, gitanas, buñoleras y vendedoras. El impulso de mi acompañante era comprar cuanto veía, desde los escapularios hasta los botijos, pero me cuadré.

—Si compra V. más, me enfado.

—¡Soniche! San acabao las compras. ¡Que san acabao digo! Al que no me deje en paz, le doy en igual de dinero, cañaso. ¿Tiene V. más que mandar?

—Mire V., pagaría por estar á la sombra un ratito.

—¿En la cárcel por comprometeora? Llamaremos á la pareja y verasté que pronto.

Ahora que reflexiono á sangre fría, caigo en la cuenta de que era bastante raro y muy inconveniente que á los tres cuartos de hora de pasearnos juntos por San Isidro, nos hablásemos don Diego y yo con tanta broma y llaneza. Es posible, bien mirado, que mi paisano tenga razón; que aquel sol, aquel barullo y aquella atmósfera popular obren sobre el cuerpo y el alma como un licor ó vino de los que más se suben á la cabeza, y rompan desde el primer momento la valla de reserva que trabajosamente levantamos las señoras un día y otro contra peligrosas osadías. De cualquier índole que

fuese, yo sentía ya un principio de mareo cuando exclamé:

—En la cárcel estaría á gusto con tal que no hiciese sol... Me encuentro así... no sé cómo... parece que me desvanezco.

—Pero ¿se siente V. mala? ¿mala?—preguntó Pacheco seriamente, con vivo interés.

—Lo que se dice mala, no: es una fatiga, una sofocación... Se me nubla la vista.

Echóse Pacheco á reir y me dijo casi al oído:

—Lo que V. tiene ya lo adivino yo, sin necesidad de ser sahorí... V. tiene ni más ni menos que... gasusa.

—¿Eh?

—Debilidad, hablando pronto... ¡Y no es V. sola!.. yo hace rato que doy las boqueás de hambre. ¡Si debe de ser mediodía!

—Puede, puede que no se equivoque V. mucho. A estas horas suelen pasarse los ratoncitos por el estómago... Ya hemos visto el Santo; volvámonos á Madrid y podrá V. almorzar, si gusta acompañarme...

—No, señora... Si eso que V. discurre es un pueblo. Si lo que vamos á haser es almorsá en una fondita de aquí. ¡Que las hay...!

Se llevó los dedos apiñados á la boca y arrojó un beso al aire, para expresar la excelencia de las fondas de San Isidro.

Aturdida y todo como me encontraba, la idea me asustó; me pareció indecorosa y vi de una ojeada sus dificultades y riesgos. Pero al mismo tiempo, allá en lo íntimo del alma, aquellos

escollos me la hacían deliciosa, apetecible, como es siempre lo vedado y lo desconocido. ¿Era Pacheco algún atrevido, capaz de faltarme si yo no le daba pié? No por cierto; y el no darle pié quedaba de mi cuenta. ¡Qué buen rato me perdía rehusando! ¿Qué diría Pardo de esta aventura si la supiese? Con no contársela... Mientras discurría así, en voz alta me negaba terminantemente... Nada, á Madrid de seguida.

Pacheco no cejó, y en vez de formalizarse, echó á broma mi negativa. Con mil zalamerías y agudezas, ceceando más que nunca, afirmó que espicharía de necesidad si tardase en almorzar arriba de veinte minutos.

—Que me pongo de rodillas aquí mismo... —exclamaba el muy truhán.—Ea, un sí de esa boquita... ¡Usted verá el gran almuerzo del siglo! Fuera escrúpulos... ¿Se ha pensao V. que mañana voy yo á contárselo á la señá duquesa de Sahagún? A este probetico..., ¡una limosna de armuerzo!

Acabó por entrarme risa y tuve la flaqueza de decir:

—Pero... ¿y el coche que está aguardando allá abajo?

—En un minuto se le avisa... Que se procure cochera aquí... Y si no, que se vuelva á Madrid hasta la puesta del sol... Espere V., buscaré alguno que lleve el recaó... No la he de dejar aquí solita pa que se la coma un lobo; eso sí que no.

Debió de oirlo un guindilla que andaba por allí ejerciendo sus funciones, y en tono tan re-

verente y servicial como bronco lo usaba para intimar á la gentuza que se *desapartase*, nos dijo con afable sonrisa:

—Yo aviso, si justan... ¿Dónde está ó coche? ¿Cómo le llaman al cochero?

—Este no es de mi tierra, ni nada. ¿De qué parte de Galicia?—pregunté al agente.

—Desviado de Lujo tres légoas, á la banda de Sarria, para servir á vusté—explicó él, y los ojos le brillaron de alegría al encontrarse con una paisana.—“¿Si éste me conocerá por conducto de la Diabla?”—pensé yo recelosa; pero mi temor sería infundado, pues el agente no añadió nada más. Para despacharle pronto, le expliqué:

—¿Ve aquella berlina con ruedas encarnadas..., cochero mozo, con patillas, librea verde? Allá abajo... Es la octava en la fila.

—Bien veo, bien.

—Pues va V.—ordenó Pacheco—y le dice que se largue á Madri con viento fresco, y que por la tardesita vuerva y se plantifique en el mismo lugar. ¿Estamos, compadre?

Noté que mi acompañante extendía la mano y estrechaba con gran efusión la del guindilla; pero no sería esta distinción lo que tanto le alegró la cara á mi conterráneo, pues le vi cerrar la diestra deslizándola en el bolsillo del pantalón, y entreoí la fórmula gallega clásica:

—De hoy en cien años.

Libre ya del apéndice del carruaje, por instinto me apoyé más fuerte en el brazo de

Don Diego, y él á su vez estrechó el mío como ratificando un contrato.

—Vamos poquito á poco subiendo al cerro... Animo y cogerse bien.

El sol campeaba en mitad del cielo, y vertía llamas y echaba chiribitas. El aire faltaba por completo; no se respiraba sino polvo arcilloso. Yo registraba el horizonte tratando de descubrir la prometida fonda, que siempre sería un techo, preservativo contra aquel calor del Senegal. Mas no se veía rastro de edificio grande en toda la extensión del cerro, ni antes ni después. Las únicas murallas blancas que distinguí á mi derecha eran las tapias de la Sacramental, á cuyo amparo descansaban los muertos sin enterarse de las locuras que del otro lado cometíamos los vivos. Amenacé á Pacheco con el palo de la sombrilla:

—¿Y esa fonda? ¿Se puede saber hasta qué hora vamos á andar buscándola?

—¿Fonda?—saltó Pacheco como si le sorprendiese mucho mi pregunta.—¿Dijo V. fonda? El caso es... Mardito si sé á qué lado cae.

—¡Hombre..., pues de veras que tiene gracia! ¿No aseguraba V. que habia fondas preciosas, magníficas? ¡Y me trae V. con tanta flema á asarme por estos vericuetos! Al menos entérese... Pregunte á cualquiera, ¡al primero que pase!

—¡Oigasté... cristiano!

Volvióse un chulo de pelo alisado en petenetas, manos en los bolsillos de la chaquetilla, hocico puntiagudo, gorra alta de seda, estre-

cho pantalón y viciosa y pálida faz; el tipo perfecto del rata, de esos mocitos que se echa uno á temblar al verlos, recelando que hasta el modo de andar le timen.

—¿Hay por aquí alguna fonda, compañero? —interrogó Pacheco alargándole un buen puro.

—Se estima... Como haber fondas, hay fondas: misté por ahí too alrededor, que fondas son; pero tocante á fonda, vamos, según se ice, de comías finas, pa la gente é aquel, me pienso que no hallarán ustés conveniencia; digo, esto me lo pienso yo; ustés verán.

—No hay más que merenderos, está visto— pronunció Pacheco bajo y con acento pesaroso

Al ver que él se mostraba disgustado, yo, por ese instinto de contradicción humorística que en situaciones tales se nos desarrolla á las mujeres, me manifesté satisfecha. Además, en el fondo, no me desagradaba comer en un merendero. Tenía más *carácter*. Era más nuevo é imprevisto, y hasta menos clandestino y peligroso. ¿Qué riesgo hay en comer en un barracón abierto por todos lados donde está entrando y saliendo la gente? Es tan inocente como tomar un vaso de cerveza en un café al aire libre.

V

CONVENCIDOS ya de que no existía fonda ni sombra de ella, ó de que nosotros no acertábamos á descubrirla, miramos á nuestro alrededor, eligiendo el merendero menos indecente y de mejor trapío. Casi en lo alto del cerro campeaba uno bastante grande y aseado; no ostentaba ningún rótulo extravagante, como los que se leían en otros merenderos próximos, verbigracia:—“Refrescos de los que usava el Santo.”—“La mar en vevidas y comidas.”—“La Brillantez: callos y caracoles.”—A la entrada (que puerta no la tenía) hallábase de pié una chica joven, de fisonomía afable, con un puñal de níquel atravesado en el moño: y no había otra alma viviente en el merendero, cuyas seis mesas vacías me parecieron muy limpias y fregoteadas. Pudiera compararse el barracón á una inmensa tienda de campaña: las paredes de lona: el techo de unas esteras tendidas sobre palos: dividiase en tres partes desiguales, la menor ocultando la hornilla y el fogón donde guisaban, la grande que formaba el comedor, la mediana que venía á ser una trastienda donde se lavaban platos y cubiertos; pero estos misterios convinimos en que sería mejor no profundizarlos mucho, si habíamos de almorzar.

El piso del merendero era de greda amarilla, la misma greda de todo el árido cerro: y una vieja, sucia y horrible, que frotaba con un estropajo las mesas, no necesitaba sino bajarse para encontrar la materia primera de aquel limpión inverosímil.

Tomamos posesión de la mesa del fondo, sentándonos en un banco de madera que tenía por respaldo la pared de lona del barracón. La muchacha, con su perrera pegada á la frente por grandes churretazos de goma y su puñal de níquel en el moño, acudió solícita á ver qué mandábamos: olfateaba parroquianos gordos, y acaso adivinaba ó presentía otra cosa, pues nos dirigió unas sonrisitas de inteligencia que me pusieron colorada. Decía á gritos la cara de la chica: —“Buen par están estos dos... ¿Qué manía les habrá dado de venir á arrullarse en el Santo? Para eso más les valía quedarse en su nido... que no les faltará, de seguro...—Yo, que leía semejantes pensamientos en los ojos de la muy entremetida, adopté una actitud reservada y digna, hablando á Pacheco como se habla á un amigo íntimo, pero *amigo* á secas; precaución que lejos de desorientar á la maliciosa muchacha, creo que sólo sirvió para abrirle más los ojos. Nos dirigió la consabida pregunta:

—¿Qué van á tomar?

—¿Qué nos puede V. dar?—contestó Pacheco.—Diga V. lo que hay, resalada..., y la señora irá escogiendo.

—Como haber..., hay de todo. ¿Quieren almorzar formalmente?

—Con toa formalía.

—Pues de primer plato... una tortillita... 6 huevos revueltos.

—Vaya por los huevos revueltos. ¿Y hay magras?

—¿Unas magritas de jamón? Sí.

—¿Y chuletas?

—De ternera, muy ricas.

—¿Pescado?

—Pescado no... Si quieren latas... tenemos escabeche de besugo, sardinas...

—¿Ostras no?

—Como ostras..., no señora. Aquí pocas cosas finas se pueden despachar. Lo general que piden... callos y caracoles, Valdepeñas, chuletas...

—V. resolverá—indiqué volviéndome á Pacheco.

—¿He de ser yo? Pues tráiganos de too eso que hemos dicho, niña bonita..., huevos, magras, ternera, lata de sardinas... ¡Ay! y lo primero de too se va V. á traer por los aires una boteya e mansaniya y unas cañitas... Y aseí-tunas.

—Y después... ¿qué es lo que les he de servir? ¿Las chuletas antes de nada?

—No: misté, azucena: nos sirve V. los huevos, luego el jamón, las sardinas, las chuletas... De postre, si hay algún queso...

—¡Ya lo creo que sí! De Flandes y de Villalón... Y pasas, y almendras, y rosquillas, y avellanas tostás...

—Pues vamos á armorsá mejor que el Nuncio.

Esto mismo que exclamó Pacheco frotándose las manos, lo pensaba yo. Aquellas ordinarietas, como diría mi paisano el filósofo, me abrían el apetito de par en par. Y aumentaba mi buena disposición de ánimo el encontrarme á cubierto del terrible sol.

Verdad que estaba á cubierto lo mismo que el que sale al campo á las doce del día bajo un paraguas. El sol, si no podía ensañarse con nuestros cráneos, se filtraba por todas partes y nos envolvía en un baño abrasador. Por entre las esteras mal juntas del techo, al través de la lona, y sobre todo, por el abierto frente de la tienda, entraban á oleadas, á torrentes, no sólo la luz y el calor del astro, sino el ruido, el oleaje del humano mar, los gritos, las disputas, las canciones, las risotadas, los rasgueos y punteos de guitarra y vihuela, el infernal paso doble, el ¡Viva España! de los duros pianos mecánicos.

Casi al mismo punto en que la chica del puñal de níquel depositaba en la mesa una botella rotulada *Manzanilla superior*, dos cañas del vidrio más basto y dos conchas con rajadas de salchichón y aceitunas *aliñás*, se coló por la abertura una mujer desgredada, cetrina, con ojos como carbones, saya de percal con almidonados faraloes y pañuelo de crespón de lana desteñido y viejo, que al cruzarse sobre el pecho dejaba asomar la cabeza de una criatura. La mujer se nos plantó delante, fija la mano izquierda en la cadera y accionando con la derecha: de qué modo se sostenía el chiquillo, es lo que no entiendo.

—En er nombre e Dios, Pare, Jijo y Epritu Zanto, que donde va er nombre e Dios no va cosa mala. Una palabrita les voy á icir, que lase á ostés mucha farta saberla...

—¡Calle!—grité yo contentísima. ¡Una gitana que nos va á decir la buenaventura!

—¿La mando que se largue? ¿La incomoda á V.?

—¡Al contrario! Si me divierte lo que no es imaginable. Verá V. cuántos enredos va á echar por esa boca. Ea, la buenaventura pronto, que tengo una curiosidad inmensa de oirla.

—Pué diñe osté la mano crecha, jermosa, y una moneíta de plata pa jaser la crú.

Pacheco le alargó una peseta, y al mismo tiempo, habiendo descorchado la manzanilla y pedido otra caña, se la tendió llena de vino á la egipcia. Con este motivo armaron los dos un tiroteo de agudezas y bromas; bien se conocía que eran hijos de la misma tierra, y que ni á uno ni á otro se les atascaban las palabras en el gaznate, ni se les agotaba la labia aunque la derramasen á torrentes. Al fin la gitana se embocó el contenido de la cañita, y yo la imité, porque, con la sed, tentaba aquel vinillo claro. ¡Manzanilla superior! ¡A cualquier cosa llaman *superior* aquí! La manzanilla dichosa sabía á esparto, á piedra alumbre y á demonios coronados; pero como al fin era un líquido, y yo con el calor estaba para beberme el Manzanares entero, no resistí cuando Pacheco me escanció otra caña. Sólo que en vez de refrescarme, se me figuró que un rayo de sol, disuelto en polvo, se

me introducía en las venas y me salía en chispas por los ojos y en arreboles por la faz. Miré á Pacheco muy risueña, y luego me volví confusa, porque él me pagó la mirada con otra más larga de lo debido.

—¡Qué bonitos ojos azules tiene este perdis! —pensaba yo para mí.

El gaditano estaba sin sombrero; vestía un traje ceniza, elegante, de paño rico y flexible; de vez en cuando se enjugaba la frente sudorosa con un pañuelo fino, y á cada movimiento se le descomponía el pelo, bastante crecido, negro y sedoso; al reír, le iluminaba la cara la blancura de sus dientes, que son de los mejor puestos y más sanos que he visto nunca, y aun parecía doblemente morena su tez, ó mejor dicho, doblemente tostada, porque hacia la parte que ya cubre el cuello de la camisa se entreveía un cutis claro.

—La mano, jermosa, —repitió la gitana.

Se la alargué, y ella la agarró haciéndomela tener abierta. Pacheco contemplaba las dos manos unidas.

—¡Qué contraste! —murmuró en voz baja, no como el que dice una galantería á una señora, sino como el que hace una reflexión entre sí.

En efecto, sin vanidad, tengo que reconocer que la mano de la gitana, al lado de la mía, parecía un pedazo de cecina feísimo: la tumbaga de plata, donde resplandecía una esmeralda falsa espantosa, contribuía á que resaltase el color cobrizo de la garra aquella, y claro está que mi diestra, que es algo chica, pulida y blanca,

con anillos de perlas, zafiros y brillantes, contrastaba extrañamente. La buena de la bohemia empezó á hacer sus rayas y ensalmos, endilgándonos una retahila de esas que no comprometen, pues son de doble sentido y se aplican á cualquier circunstancia, como las respuestas de los oráculos. Todo muy recalcado con los ojos y el ademán.

—Una cosa diquelo yo en esta manica, que hae suseder mu pronto, y nadie saspera que susea... Un viaje me vasté á jaser, y no ae ser para má, que ae ser pa sastisfasiön e toos. Una carta me vasté á resibir, y lae alegrá lo que viene escribió en eya... Unas presonas me tiene usté que la quieren má, y están toas perdfas por jaserle daño; pero der revé les ae salir la perra intensiön... Una presoniya está chalaíta por usté—(al llegar aquí la bruja clavó en Pacheco las ascuas encendidas de sus ojos)—y un convite le ae dar quien bien la quiere... Amorosa de genio me es usté; pero cuando se atufa, una leona brava de los montes se me güerve... Que no la enriten a usté y que le yeven toiticas las cosas ar pelo de la suavidá, que por la buena, corasón tiene usté pa tirarse en metá e la bahía e Cadis... Con mieles y no con hieles me la han de engatusar á usté... Un cariñiyo me vasté á tener mu guardadico en su pechito y no lo ae sabé ni la tierra, que secretica me es usté como la piedra e la sepultura... También una cosa le igo y es que usté mesma no me sabe lo que en ese corasonsiyo está guardao... Un cachito e gloria le va a caer der sielo y pasmáa se

quedará usted; que á la presente me está usted como los pajariyos, que no saben el árbol onde han de ponerse...

Si la dejamos, creo que aún sigue ahora ensartando tonterías. A mí su parla me entretiene mucho, pues ya se sabe que en esta clase de vaticinios tan confusos y tan latos, siempre hay algo que responde á nuestras ideas, esperanzas y aspiraciones ocultas. Es lo mismo que cuando, al tiempo de jugar á los naipes, vamos corriéndolos para descubrir sólo la pinta, y adivinamos ó presentimos de un modo vago la carta que va á salir. Pacheco me miraba atentamente, aguardando á que me cansase de gitanerías para despedir á la profetisa. Viendo que ya la chica del puñal en el moño acudía con le fuente de huevos revueltos, solté la mano, y mi acompañante despachó á la gitana, que antes de poner piés en polvorosa aún pidió no sé qué para *er churumbeliyo*.

Empezábamos á servirnos del apetitoso comestralo y á descorchar una botella de jerez, cuando otro cuerpo asomó en la abertura de la tienda, se adelantó hacia la mesa y recitó la consabida jaculatoria:

—En er nombre e Dió Pare, Jijo y Epiritu Zanto, que onde va er nombre é Dió...

—¡Estamos frescos!—gritó Pacheco.—¡Gitana nueva!

—Claro—murmuró con aristocrático desdén la chica del merendero.—Como á la otra le han dado cuartos y vino, se ha corrido la voz.. Y tendrán aquí á todas las de la romería.

Pacheco alargó á la recién venida unas monedas y un vaso de jerez.

—Bébase usted eso á mi salud..., y andar con Dios, y najensia.

—E que les igo yo lo buenaventura e barde... por el aqué de la sal der mundo que van ustedes derramando.

—No, no...,—exclamé yo casi al oído de Pacheco.—Nos va á encajar lo mismo que la otra; con una vez basta. Espántela V.... sin reñirla.

—Bébase usted el jerés, prenda... y najarse he dicho—ordenó el gaditano sin enojo alguno, con campechana franqueza.

La gitana, convencida de que no sacaba más raja ya, después de echarse al colete el Jerez y limpiarse la boca con el dorso de la mano, se largó con su indispensable *churumbeliyo*, que lo traía también escondido en el mantón como gusano en queso.

—¿Tienen todas su chiquitín?—pregunté á la muchacha.

—Todas, pues ya se ve—explicó ella con tono de persona desengañada y experta.—Valientes maulas están. Los chiquillos son tan suyos como de una servidora de Vds. Infelices, los alquilan por ahí á otras bribonas, y sabe Dios el trato que les dan. Y está la romería plagada de estas tunantas, embusteronas. ¡Lástima de Abanico!

—¿Vds. duermen aquí?—la dije por tirarla de la lengua.—¿No tienen miedo á que de noche les roben las ganancias del día ó la comida del siguiente?

— Ya se ve que dormimos con un ojo cerrado y otro abierto... Porque no se crea V.: nosotros tenemos un café á la salida de la Plaza Mayor y venimos aquí no más á poner el ambigú.

Comprendí que la chica se daba importancia, deseando probarme que era, socialmente, muy superior á aquella gentecilla de poco más ó menos que andaba por los demás figones. A todo esto íbamos despachando la ración de huevos revueltos y nos disponíamos á emprenderla con las magras. Interceptó la claridad de la abertura otra sombra. Esta era una chula de mantón terciado, peina de bolas, brazos desnudos, que traía en un jarro de loza un inmenso haz de rosas y claveles, murmurando con voz entre zalamera y dolorida: — «¡Señorítico! ¡Cómprame usted flores pa osequiar á esa buena moza!» — Al mismo tiempo que la florera, entraron en el merendero cuatro soldados, cuatro húsares jóvenes y muy bulliciosos, que tomaron posesión de una mesa pidiendo cerveza y gaseosa, metiendo ruido con los sables y regocijando la vista con su uniforme amarillo y azul. ¡Válgame Dios, y qué virtud tan rara poseen la manzanilla y el jerez, sobre todo cuando están encabezados y compuestos! Si en otra ocasión me veo yo almorzando así, entre soldados, creo que me da un soponcio; pero empezaba á tener subvertidas las nociones de la corrección y de la jerarquía social, y hasta me hizo gracia semejante compañía y la celebré con la risa más alegre del mundo! Pacheco, al observar mi buen humor, se levantó

y fué á ofrecer á los húsares jerez y otros obsequios; de suerte que no sólo comíamos con ellos en el mismo bodegón, sino que fraternizábamos.

Cuando está uno de buen temple, ninguna cosa le disgusta. Alabé la comida; de la chula de los claveles dije que parecía un boceto de Sala; y entonces Pacheco sacó de la jarra las flores y me las echó en el regazo, diciendo: — «Póngaselas V. todas.» — Así lo ejecuté, y quedó mi pecho convertido en búcaro. Luego me hizo reír con toda mi alma una desvergonzada riña que se oyó por detrás de la pared de lona, y las ocurrencias de Pacheco que se lió con los húsares no recuerdo con qué motivo. Volvió á nublar el sol que entraba por la abertura y apareció un pordiosero de lo más remendado y haraposo. No contento con aflojar buena limosna, Pacheco le dió palique largo, y el mendigo nos contó aventuras de su vida: una sarta de embustes, por supuesto. Oyóle el gaditano muy atentamente, y luego empezó á exigirle que trajese un guitarrillo y se cantase por lo más jondo. El pobre juraba y perjuraba que no sabía sino unas coplillas, pero sin música, y al fin le soltamos, bajo palabra de que nos traería un buen cantaor y tocaor de bandurria para que nos echase polos y peteneras hasta morir. Por fortuna hizo la del humo.

Yo, á todo esto, más divertida que en un sainete, y dispuesta á entenderme con las chuletas y el champagne. Comprendía, sí, que mis pupilas destellaban lumbre y en mis mejillas se